

EXISTE, nos dice Marcel, una exigencia ontológica que tratamos de sofocar a todo trance. Hemos sido limitados a la idea de función. El amor, el nacimiento, la muerte sólo son funciones. Tanto en la actividad como en el reposo el hombre realiza funciones. No hay nada inexplicable. Ha quedado reducida a cero la posibilidad del asombro.

Sin embargo, esta vida que nos expone a la desesperación no acalla completamente ciertas potencias ocultas que la idea de función no puede explicar.

Aquí aparecen las diferencias entre el ámbito del *misterio* y el de lo *problemático*. El mundo en que vivimos está reducido a problemas. Hay problemas resueltos y problemas sin resolver, pero no hay misterio.

El misterio es meta-problemático. La exigencia ontológica nos colocaría no sólo ante el problema de si el *ser es*, y de *qué es el ser*, sino también nos llevaría a preguntarnos si nosotros que interrogamos podemos estar seguros de *ser*. Quién formula el problema, no obstante, se coloca fuera de él y no ciertamente porque el *cogito* cartesiano le resuelva nada. El *cogito* presupone la validez del sujeto pero no la del objeto. El *yo soy* es indivisible; convertir el sujeto en objeto es ponerlo en duda.

Pero la posición cartesiana implicaría a su vez un dualismo, ya que el interrogante ontológico es ante la totalidad del ser y ante el sujeto en cuanto totalidad. No estamos pues frente a un problema sino más allá de él. Quién interroga tiene una importancia fundamental. El sujeto *es*, más bien quien interroga. Nuestra interrogación por el ser es una afirmación. La realidad sujeto no puede ser objeto ni solución del pensamiento reflexivo. Es meta-problemática.

En efecto, lo meta-problemático trascendería siempre la dualidad de un sujeto que afirmara el ser, y del ser en cuanto afirmado por ese sujeto, que a la vez funda la dualidad. "Poner algo meta-problemático —dice el autor— es pensar el primado del ser, respecto del conocimiento (no del ser *afirmado*, sino más bien del ser *afirmandose*), es reconocer que el conocimiento está envuelto por el ser, que en cierta manera le es interior."

Es difícil por lo tanto refutar las interpretaciones que desde el punto de vista de la idea de función se hacen del misterio, sin colocarse en un terreno distinto, donde pierden su sentido.

El conocer se suspende en cierta forma de participación: el misterio. El misterio sería un problema que rebasa sus propios datos. Los límites entre misterio y problema no son pues precisos. Tendemos a degradar el misterio en problema. La diferencia estriba en que el misterio rompe las fronteras de *lo en mí* y *lo ante mí*. La esfera de lo meta-problemático coincide con la del amor.

Para Marcel no hay ontología posible, sin el recogimiento: *restablecimiento interior, reflexión a la segunda potencia, disponibilidad activa, fidelidad creadora*.

La *fidelidad creadora* se refiere siempre a una presencia; y es activa porque supone una lucha tenaz contra las fuerzas de un mundo que nos invita y aún nos coacta a la dispersión. La presencia no solo es conservada sino perpetuada y renovada, "su virtud consiste en una misteriosa incitación a crear".

GABRIEL MARCEL

Y EL

MISTERIO ONTOLOGICO

Por Augusto LUNEL

Mas la *presencia* no es la presencia de un objeto —esto cabría dentro de lo problemático— sino que está *conmigo*. Aquí la noción de disponibilidad se hace evidente. La *presencia* implica una reciprocidad que no existe en la relación de sujeto a objeto, ni de sujeto a sujeto-objeto.

Para Marcel, como para Kierkegaard, la *desesperación es el pecado*. La *indisponibilidad* es un aspecto de la desesperación tal como la ve el filósofo danés, en su *Tratado*.

Encontramos en la tesis de Gabriel Marcel muchos e íntimos puntos de contacto con la filosofía de Kierkegaard. El autor de *Temor y Temblor* define el yo como "una relación de finito e infinito referida a sí misma". El recogimiento no sería otra cosa que la exaltación del yo concebido de tal manera, y la fe su única salida. En cuanto a la *disponibilidad* y la *fidelidad creadora*, caben perfectamente dentro de la concepción de fe, que tiene Kierkegaard; y la indisponi-

bilidad —repetimos— es simplemente un aspecto de la desesperación. La misma *humildad* de Marcel no es más que una profesión de fe, según las palabras que él mismo subraya: "*La única esperanza auténtica es la que se dirige a lo que no depende de nosotros*, aquello cuyo móvil es la humildad, no el orgullo."

Marcel concluye proclamando el amor como un tercer camino entre los excesos de la dogmática y una simple clasificación de los misterios. Queda así frente a un mar de reflexiones.

¿Es comunicable el misterio? ¿La exigencia ontológica no implica otras exigencias que rebasan el puro recogimiento? ¿No es el amor algo cuya esfera sobrepasa el campo del recogimiento? Si en cierta manera *somos* el misterio o el misterio es en nosotros como formando parte de nuestro ser ¿no sería el orgullo, (que "consiste en no encontrar fuerza más que en sí mismo") una forma de fidelidad a él? Así como la verdadera humildad considera que esperar de sí mismo es desesperar de Dios ¿un verdadero orgullo no sería aquel que considerara que esperar de Dios es desesperar de sí mismo? Visto así el orgullo, el suicidio que es una desesperación absoluta tanto de Dios como de nosotros mismos estaría en la tierra de nadie. ¿Hasta dónde somos; cuál es el límite que nos separa del mundo que nos rodea? Esperar de las fuerzas que nos unen a todo, y con las cuales somos indisolubles ¿no es esperar de nosotros mismos? Si aceptamos que en la exigencia ontológica desaparece *lo en mí* y *lo ante mí*, el ser sería un vínculo, una cópula. Su fundamento sería el amor y esperar de él sería esperar de nosotros mismos en cuanto *somos*, no en cuanto algo *no es*, Dios por ejemplo.

GABRIEL MARCEL. *Posición y Aproximaciones Concretas al Misterio Ontológico*. Prólogo y traducción de Luis Villoro. Ediciones Filosofía y Letras. N° 3. Imprenta Universitaria. México, 1955.

ESTROFA A ADAM MICKIEWICZ

Oyeme, camarada, estás herido;
por causa de esa herida nadie muere.
El que sepa tu nombre y se atrinchere
en tu nombre, dará muerte al olvido.

Llamo a tu corazón y es todo oído:
El cielo de la noche lo sugiere.
La historia de la luz en tí prefiere
tu oceanía de hombre desmedido.

Yo me quedo mirando tus heridas
y veo cómo brotan las cien vidas
que de cien muertes desnuda y sangrante

Polonia entre tus brazos y tus cielos
surge a la voluntad como un diamante
llevado por magníficos deshielos.

C A R L O S P E L L I C E R